

Toda subjetividad es alienada

Every subjectivity is alienated

RESUMEN

Desde Karl Marx hasta Zygmunt Bauman, la noción de “subjetividad alienada” supone la existencia de una subjetividad no alienada. Sin embargo, una correcta distinción entre subjetividad y singularidad permite poner en tela de juicio esa suposición y demostrar que toda subjetividad es alienada. A tal fin, es necesario tomar en cuenta el modo en que el descubrimiento freudiano y la enseñanza de Jacques Lacan convergen con ciertos desarrollos de Charles Sanders Peirce y de Gottlob Frege para reconsiderar ciertas categorías lógicas que se remontan a Aristóteles. Sobre esta base, es además posible mostrar que la subjetividad nunca es algo que caracterice a un sujeto.

PALABRAS CLAVE

subjetividad, singularidad, psicoanálisis

ABSTRACT

From Karl Marx to Zygmunt Bauman, the notion of an “alienated subjectivity” assumes the existence of a non-alienated subjectivity. However, a correct distinction between subjectivity and singularity allows questioning that assumption and showing that every subjectivity is alienated. To do this, it is necessary to consider how the Freudian discovery and the teaching of Jacques Lacan converge with certain developments of Charles Sanders Peirce and Gottlob Frege to reconsider certain logical categories that date back to Aristotle. On this basis, it is also possible to show that subjectivity is never something that characterizes a subject.

KEYWORDS

subjectivity, singularity, psychoanalysis

INTRODUCCIÓN

Desde Karl Marx hasta Zygmunt Bauman, la noción de una subjetividad alienada –es decir, una subjetividad que sería heredera de la instauración del discurso capitalista y producto del mismo– supone la existencia de una subjetividad no alienada (aunque sólo se la suponga para negarla o para declararla utópica) equivalente a la plena realización del individuo inserto en la sociedad de consumo (CUENCA AMIGO, 2013, p. 182-6). Por este motivo, no sorprende el hecho de que, a lo largo de la sesquicentenaria saga de esa noción, el alcance del término “individuo” se superponga sistemáticamente con el alcance del término “sujeto”. Pero esta última designación implica, siempre, la relación de sumisión entre lo así designado y otra cosa –tal como lo reflejan las lenguas occidentales modernas–, mientras que, por su estructura lógica, un individuo puede, por el contrario, subsistir solo y aislado en calidad de tal (ARENAS, 2012, p. 75). Al mismo tiempo, pero desde mucho antes, la tendencia a confundir “individualidad” con “singularidad” en el vocabulario filosófico impregnó el uso que se hace de estos dos términos en el ámbito de los especialistas e incluso en la lengua común. Como consecuencia de ambos deslizamientos (que desdibujan las fronteras conceptuales entre “individuo” y “sujeto”, y entre “individual” y “singular”, respectivamente), se volvió moneda corriente la equiparación de lo subjetivo con lo individual y con lo singular. Para rematar este verdadero torbellino de confusiones, la impronta cultural de la teoría del conocimiento añade a lo subjetivo la connotación de lo cognoscente que se opone a lo cognoscible (es decir, al objeto). Por lo tanto, esto añade a la noción de subjetividad el sentido de su contraposición a la objetividad. Pero como la objetividad ha adquirido, entre tanto, una positiva valoración social, la subjetividad a ella contrapuesta resulta además teñida de un matiz de desprestigio que de allí se contagia al conjunto de los términos con que injustificadamente ha sido emparentada. El resultado final de este cóctel puede ser resumido, pues, en la siguiente pseudoecuación,

$$\text{subjetivo} = \text{individual} = \text{singular} = \text{no objetivo}$$

de la cual se siguen, para la noción de subjetividad, consecuencias proporcionalmente desorientadoras, inclusive peyorativas.

Nuestro primer objetivo será desmontar de raíz esta pseudoecuación. Para ello emplearemos las herramientas brindadas por el psicoanálisis –en especial, las que surgen de los desarrollos de Jacques Lacan–, puesto que ellas permiten distinguir con precisión las características del sujeto y las de lo singular; luego emplearemos herramientas lógicas para trazar la demarcación entre lo individual y lo singular; y, por último, mostraremos cómo es posible romper la oposición, consagrada por la teoría del conocimiento, entre lo subjetivo y lo objetivo.

Una vez alcanzado este primer objetivo, mostraremos por qué la alienación es una categoría inherente a la del sujeto, y con ello habremos demostrado que toda subjetividad es alienada.

Para finalizar, sugeriremos la necesidad de preservar las demarcaciones realizadas en todo abordaje que desee apreciar con rigor y exactitud los problemas que plantea la subjetividad contemporánea.

LAS EXTENSIONES: ARISTÓTELES, PEIRCE, FREGE

Entre las primeras distinciones introducidas por Aristóteles para forjar el instrumento lógico con el cual luego abordaría la epistéme, se encuentra la oposición entre lo que es propio de más de uno (universal) y lo que no lo es (singular). En este sentido, un término universal no ha de entenderse entonces como aquel que se aplicaría a la totalidad de los elementos de un conjunto, sino como el que se dice de dos o más de ellos (aunque esto no excluya, por supuesto, la posibilidad de que se predique de todos). Por otra parte, esta definición negativa de lo singular (lo que no es propio de más de uno) resulta ambigua, en la medida en que puede corresponder tanto a lo que es propio de uno solo como a lo que es propio de ninguno (ARENAS, 2010, p. 43-45). Para evitar esa ambigüedad, reservaremos pues el uso del término “singular” al primer caso, y para el segundo emplearemos la designación usual de “vacío”.

En consecuencia, las tres extensiones correspondientes pueden esquematizarse como sigue:

universal	singular	vacío
2 o más	1	0

Aristóteles sabía que existen conceptos de extensión vacía, e incluso dio ejemplos de ellos, pero en su Órganon no los tomó en cuenta porque él consideraba que la lógica no era más que un instrumento para la epistémé y que ésta sólo se ocupaba de existentes (CANDEL SANMARTÍN, 1982, p. 8-10). No obstante, el desarrollo de la lógica mostró que era imposible dejar de tomar en consideración dichos conceptos, y esto a su vez tornó necesario introducir ciertas modificaciones en la silogística aristotélica. Esas modificaciones, a su vez, repercutieron en el sentido que debía otorgarse a las tres extensiones mencionadas –y muy particularmente a la extensión vacía, como veremos a continuación.

Peirce se cuenta entre los primeros en señalar el modo en que había que modificar la silogística aristotélica a la hora de incluir en ella los conceptos de extensión vacía (PEIRCE, 1931-1958, passim; ARENAS, 2012, p. 221-2). Frege, por su parte, observó además que la función del concepto de extensión vacía es la del 0 que se cuenta como 1, responsable de la iteración del +1 inherente a la sucesión de los números naturales (FREGE, 1988; ARENAS, 2010, p. 47-9). Y lo más relevante para nosotros, en este contexto, es que Lacan demostró que al sujeto, definido como lo que un significante representa para otro significante (LACAN, 2006, p. 165), corresponde la extensión vacía en el sentido señalado por Frege, tal como Miller lo ha sintetizado con claridad (MILLER, 1998).

En consecuencia, la distinción lógica entre lo singular y el sujeto puede demostrarse en el nivel más elemental de las extensiones. Podemos resumir esa distinción por medio del siguiente cuadro:

singular	sujeto
1	0 (1)

donde introducimos el símbolo 0(1) para representar la función del “0 que se cuenta como 1”.

Un corolario inmediato de esta conclusión parcial es que, si lo singular es lo propio de uno solo y se distingue de lo subjetivo, entonces lo subjetivo no es lo propio de uno solo: es más bien lo propio de ninguno, y, por ende, no es propiedad de nadie. En definitiva, no hay paradoja en afirmar que una subjetividad nunca caracteriza a un sujeto. Puede, sí, especificar a un grupo, a una población, o a la humanidad entera, pero jamás podrá corresponder a uno solo. Esto basta, de paso, para mostrar las afinidades entre lo subjetivo y lo universal.

A simple vista, la expresión subjetividad de la época parece una doble contradicción en los términos, al menos si se considera que “época” designa algo objetivo y universal mientras que “subjetividad” designa todo lo contrario. Pero un atento examen de las tres extensiones lógicas desmantela esa apariencia: el sujeto no se confunde con lo singular, y solamente lo singular se contrapone a lo universal (que, por su parte, es perfectamente compatible con lo subjetivo). En más de una ocasión, Foucault ha mostrado, de manera exhaustiva, el modo en que cada una de las épocas que él ha sometido a sus estudios arqueológicos se caracteriza por ciertas constelaciones significantes cuyo efecto es la constitución de determinadas posiciones subjetivas anudadas a –y dependientes de– dichos significantes (FOUCAULT, 1980, 2005; ARENAS, 2012, p. 67, 300). Y se impone mencionar que, por otro camino, Freud y Lacan habían llegado a conclusiones compatibles con ésta (FREUD, 1984; LACAN, 1992). Las denominadas “tribus urbanas”, por mencionar sólo un ejemplo, hoy en día son la prueba visible del carácter esencialmente plural de la subjetividad.

EL INDIVIDUO Y LA CLASE

Cuando, en lugar de referirlos al significante, los referimos a conceptos, los universales correspondientes definen colectivos esencialmente homologables a clases y cuyos elementos no son sujetos, sino individuos. Cada individuo puede tomarse como un representante de su clase (es decir, como un ejemplar de la misma), y, en lo que a su carácter de individuo atañe, es indistinguible de cualquier otro individuo, tal como Borges lo señaló poéticamente (BORGES, 1989). En este sentido, cabe decir que el individuo es la clase.

Ahora bien, es preciso aclarar que el hecho de que el universo definido por un concepto constituya una clase no es más que un ideal que, en sentido estricto, sólo es alcanzable cuando dicho concepto puede expresarse en un lenguaje formal donde la relación entre el significante y el significado sea nula (por ausencia de significado) o rígida (por ausencia de equívocidad o de multivocidad), si bien ni siquiera esto lo garantiza –como lo prueban, por un lado, la existencia de clases que interactúan con su propia clasificación formalizada (HACKING, 2001), y por otro lado, ciertas paradojas de la teoría de conjuntos. En el caso que aquí nos interesa, es decir, en el de los seres hablantes –cuyo lenguaje está articulado al modo de cadenas de significantes que tienen significados con los cuales mantienen una relación no rígida (SAUSSURE, 1986)–, la fuga del sentido es irreductible y, por ende, el concepto no permite sostener una estricta clasificación (es decir, dar lugar a que todos los individuos alcanzados por el concepto formen parte de una clase, y a que todos los que no son alcanzados por ese concepto formen parte de la clase complementaria). En este sentido, la noción de “individuo” debe entenderse como una abstracción cuya perfecta realización resulta especialmente inalcanzable en el caso de los seres hablantes.

Otro ángulo bajo el cual puede reconocerse la diferencia de naturaleza entre el individuo y el sujeto puede deducirse de lo que acabamos de decir. Un sujeto siempre está sujetado a otra cosa, y por ende nunca está solo. El individuo, por el contrario, al ser idéntico a la clase que lo define, no está sujeto a ella y por ende siempre puede, al menos en potencia, estar solo. La promoción del individualismo contemporáneo, inequívoco producto del discurso capitalista, tiene por contracara la producción masiva de soledades, mientras que Robinson Crusoe, aun sin Viernes, nunca estuvo solo después de su naufragio, en la medida en que no dejó de ser sujeto (súbdito) de la corona inglesa y de Dios (ARENAS, 2012, p. 75).

Una vez reconocida la diferencia entre individuo y sujeto a partir de la distinción entre significante y concepto, podemos plantear la diferencia entre “individuo” y “singular”. Como recién lo hemos señalado, el individuo siempre es el representante de un colectivo, aun cuando ese colectivo se reduzca a un solo elemento. Dicho de otro modo, todo individuo es un particular, en el sentido de que puede entenderse como la parte mínima de un universal. Por el contrario, lo singular es lo que no pertenece a ningún

colectivo, en la medida en que su carácter objetiva, precisamente, el de lo universal en calidad de tal. Lo singular no es, pues, equivalente a la máxima particularidad.

Pero lo singular, en cualquiera de los usos que se ha dado al término desde la antigüedad clásica hasta la actualidad, tampoco es solitario: en su definición aristotélica, se define en tensión y en contrapunto con lo universal (al cual objetiva), su empleo en matemáticas (y, por ende, en las ciencias exactas y naturales) también muestra que es impensable una singularidad si no se la define en relación a una ley (que ella viola o a la cual ella escapa), en el dogma católico la singularidad de Cristo sólo toma su sentido en relación con el conjunto de los hermanos (en Cristo) por los cuales será dado por Dios padre en sacrificio (VIVES PÉREZ, 2004), y en el discurso analítico la singularidad siempre ha sido definida como el estilo de los lazos libidinales de cada uno con los otros (ARENAS, 2010, 2012).

Tal como lo indica el término inglés single, lo singular es en verdad “soltero”, y, para decirlo con un toque de humor, esto no significa que sea solitario, sino más bien que no se casa con ningún concepto.

CARÁCTER OBJETIVO DEL SUJETO

En el contexto de la teoría del conocimiento, el sujeto se define, por su relación (de oposición) con el objeto, mediante una suerte de “regla de tres” que podemos escribir como sigue:

$$\frac{\text{sujeto}}{\text{cognoscente}} \quad \frac{\text{objeto}}{\text{cognoscible}}$$

Para desmontar esta relación, bastaría con mostrar que el sujeto es cognoscible. Pero no sólo haremos eso: mostraremos incluso en qué medida es posible hacer un cálculo del sujeto y así llegar incluso a manipular su posición. Por lo tanto, si mantenemos para el objeto la categoría de lo cognoscible, así habremos demostrado también el carácter objetivo del sujeto.

En primer lugar, debemos reconocer que el conocimiento posible del sujeto se reduce a determinar la posición de ese sujeto en relación con un par de significantes: el significante S_1 por el cual él es representado (y que, por ende, lo identifica), y el significante S_2 ante el cual él es representado por el primero (y que, entonces, determina la significación del primero). Conocer el sujeto equivale pues a determinar el par significante (S_1 ; S_2), y esto no sólo es posible, sino que no presenta excesivas dificultades.

Veámoslo en uno de los ejemplos más corrientes: el de la elección. Se propone a alguien elegir algo dentro de un conjunto de alternativas. Cada una de éstas constituye un valor posible de S_1 . El S_2 puede reducirse al mero conjunto formado por todas las alternativas, pero también puede incluir un discurso mucho más amplio y más complejo. En particular, ese discurso puede tornar imperativo realizar la elección entre esas opciones (es el caso de la ley de obligatoriedad del voto en la mayoría de los países democráticos) o incluso imponerle una opción con más fuerza que las demás (el caso extremo de esta posibilidad es el de la elección forzada, definida por “la bolsa o la vida”). La posición del sujeto frente a la elección se define mediante el par formado por el S_1 elegido y el S_2 que le otorga su sentido. Esto muestra que el número de posiciones subjetivas puede ser (y, de hecho, usualmente es) mucho más reducido que el número de individuos que constituyen la población estudiada, y basta además para probar que el sujeto pertenece al dominio de lo cognoscible.

Afirmarlo no implica, de por sí, que exista una ciencia del sujeto, pero esto no quita que exista un saber, o al menos un saber hacer, relativo al dominio del sujeto (en más de un sentido del término “dominio”). De hecho, los denominados formadores de opinión, tanto en el campo de la propaganda política como en el de la publicidad comercial, son expertos en crear o modificar ese discurso que resumimos en el término S_2 , y son capaces de hacerlo de tal forma que eso promueva cambios –medianamente predecibles y calculables– en el S_1 que representará al sujeto. Se forjan de ese modo hornadas de subjetividades y masivas modificaciones en las posiciones subjetivas.

Shakespeare lo mostró con admirable economía de recursos en una escena de *Julius Caesar*, donde la mera repetición insistente de la frase *Brutus is an honorable man* en boca de Marco Antonio hace que los ciudadanos romanos que escuchan su discurso pongan en tela de juicio la honorabilidad de Bruto y de los demás hombres que habían

conspirado con él para consumar el asesinato de Julio César, y que se levanten contra ellos.

El sujeto, en suma, no sólo es cognoscible, sino que además ese conocimiento, perfectamente asequible en mayor o menor medida, permite manipularlo. En esto, que es tan antiguo como la retórica, se basan las renovadas terapias cognitivo-conductuales, según Miller lo ha demostrado con precisión (MILLER, 2013).

CONCLUSIÓN: LA ALIENACIÓN INTRÍNSECA DEL SUJETO

Hemos visto que la posición del sujeto depende del par significativo (S_1 ; S_2). El primero de estos dos significantes puede –aunque sólo en contadas ocasiones– ser una invención del ser hablante en cuestión, y tal es el caso de los neologismos que surgen, por sorpresa, como formaciones del inconsciente. El chiste conocido como “famillonario”, salido de la pluma de Heinrich Heine y analizado por Freud, es uno de los ejemplos más insignes de esta rara posibilidad (FREUD, 1989, p. 18-22, 134-6; ARENAS, 1998, p. 92-4). Sin embargo, el caso más usual es, por cierto, aquel en el cual ese significante forma parte –al igual que el sujeto– del campo del Otro (LACAN, 1992, 2006). Tal es, por otro lado, el caso general del segundo de los significantes que definen la posición subjetiva (S_2), y las constelaciones que mencionamos al final del apartado anterior –las mismas que nos muestran el modo en que esa posición puede ser manipulada– sin lugar a dudas lo prueban. En suma, la posición del sujeto siempre depende de lo que ocurre en el Otro, y es, por lo tanto, alienada.

Al comienzo de este artículo, habíamos dicho que el término “sujeto” siempre implica el vínculo de sumisión (sujeción) entre lo así designado y otra cosa, y también habíamos afirmado que así lo reflejan las lenguas occidentales modernas. En este sentido, resulta peculiarmente instructivo el caso de la lengua francesa, en la cual sujet es a un tiempo “sujeto” y “súbdito”. Lacan, por su parte, ha despejado y formalizado la estructura lógica de esta alienación estructural (LACAN, 1990, p. 211-223).

El breve recorrido realizado nos permitió desmontar la pseudoecuación de la cual partimos, y remplazarla por una serie de nítidas diferencias,

subjetivo ≠ individual ≠ singular ≠ no objetivo

pero, si bien es cierto que, a partir de lo que aquí hemos desarrollado, la expresión “subjetividad alienada” pasa a constituir un evidente pleonismo, ¿a qué corresponde tildar de “alienación”, y sobre qué puede recaer? A pesar de que nuestra propuesta deberá ser objeto de futuros desarrollos, podemos arriesgar la hipótesis de que aquello que resulta alienado de múltiples maneras –y, en función de variados discursos dominantes (entre los cuales, por supuesto, sobresale el capitalista), puede incluso ser aplastado– es la singularidad de cada quien, con la violencia que tal operación implica.

El psicoanálisis –en consonancia con la proposición LVII del libro III de la Ética de Spinoza, y desde el momento mismo del descubrimiento freudiano– ha centrado la singularidad en aquello que define el estilo del querer del sujeto (es decir, el de sus lazos libidinales), y ha definido su posición ética a partir del respeto por esa singularidad (ARENAS, 2010, 2012). Sin embargo, un resultado de la fase globalizada del capitalismo es la masificación, que anula lo singular; y la ideología resultante de esa infraestructura se contrapone a la reconciliación de cada uno con su singularidad.

En efecto, si bien la individuación, que es el proceso predominante en la actualidad, parece compatible con la posibilidad de que cada quien quiera a su manera (los cambios jurídicos y políticos que en materia de género se han producido son innegables), es en verdad contraria a la asunción de la propia singularidad y al respeto que la misma merece, dado que esa individuación tiende a anular los lazos sociales –por el simple hecho de que no constituye más que la célula madre de la segregación generalizada (ARENAS, 2010, p. 278).

Esto muestra que sólo será posible realizar una correcta lectura de los avatares de la subjetividad contemporánea si se conserva la clara distinción entre sujeto, individuo y singularidad. Sobre la base de la obra de Freud, Lacan ha contribuido en gran medida a promover esa distinción imprescindible (LACAN, 2003, 199). El presente trabajo, que pretendió señalar a grandes rasgos las principales líneas de demarcación requeridas, no constituye más que una breve prolongación del suyo.

Esperamos que esto contribuya a eliminar los falsos problemas que crecen a la sombra de la falta de rigor conceptual, ya que hay muchos problemas reales que requieren solución urgente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENAS, G. **Estructura lógica de la interpretación**. Buenos Aires: Atuel, 1998.
- ARENAS, G. **En busca de lo singular**. Buenos Aires: Grama, 2010.
- ARENAS, G. **La flecha de Eros**. Buenos Aires: Grama, 2012.
- BORGES, J. L. El ruiseñor de Keats. In **Obras completas**. Buenos Aires: Emecé, 1989, vol. 2, p. 95-7.
- CANDEL SANMARTÍN, M. Introducción. In ARISTÓTELES. **Tratados de lógica (Órganon) II. Sobre la interpretación, Analíticos primeros, Analíticos segundos**. Madrid: Gredos, 1988, p. 7-14.
- CUENCA AMIGO, J. **El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía**. Bilbao: Universidad de Deusto, 2013.
- FOUCAULT, M. **El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica**. Buenos Aires: Siglo XXI, 1980.
- FOUCAULT, M. **Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- FREGE, G. **Die Grundlagen der Arithmetik**. Hamburgo: Meiner, 1988.
- FREUD, S. **Psicología de las masas y análisis del yo**. En **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, 1984, t. XVIII, p. 67-136.
- FREUD, S. **El chiste y su relación con lo inconciente**. En **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, 1989, t. VIII.
- HACKING, I. **¿La construcción social de qué?** Barcelona: Paidós, 2001.
- LACAN, J. **Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis**. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- LACAN, J. **El reverso del psicoanálisis**. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- LACAN, J. **La transferencia**. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- LACAN, J. **La angustia**. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- MILLER, J.-A., La sutura. In **Matemas**. Buenos Aires: Manantial, 1988, t. II, p. 53-65.
- MILLER, J.-A., **Piezas sueltas**. Buenos Aires: Paidós, 2013.
- PEIRCE, Ch. S. **The Collected Papers of Charles Sanders Peirce**. Cambridge (MA): Harvard University Press, 1931-1958, 8 vols.
- SAUSSURE, F. de. **Curso de lingüística general**. Buenos Aires: Losada, 1986.

VIVES PÉREZ, P. L. La singularidad de Cristo. Perspectivas convergentes en la cristología católica contemporánea. Roma: Pontificia Università Gregoriana, 2004.